

# EL ARCO DE LAS MUJERES Y LA REDECILLA DE LOS HOMBRES. Útiles y mitos de Nueva Guinea

PIERRE PÉTREQUIN

ANNE-MARIE PÉTREQUIN

Las Tierras Altas de Nueva Guinea representan para los etnólogos (Sillitoe, 1988), y para muchos prehistoriadores, el último lugar en el mundo donde ha sido posible observar las técnicas y la organización social de pueblos agricultores en un medio forestal; gentes que, hasta los pasados años 90, en algún caso todavía abrían sus huertos de cultivo con hachas de piedra pulimentada. El impacto de estas observaciones –en particular las de los etnoarqueólogos que de forma explícita tratan de utilizar marcos de comprensión para la prehistoria basados en los funcionamientos técnicos y sociales actuales (Pétrequin et Pétrequin, 1992)– ha sido notable durante estos últimos diez años, conduciendo a veces a otra lectura y reinterpretación del Neolítico de Europa occidental. El caso más elocuente, sin ninguna duda, es el que concierne a los útiles de piedra pulimentada, el hacha, la azuela y el cincel que, recientemente en Nueva Guinea y en otro tiempo en el Neolítico europeo, conformaban la mayoría de los sistemas técnicos. En la actualidad, todos los grupos humanos del centro de Nueva Guinea han abandonado sus utillajes tradicionales; los últimos lo hicieron en los años 90. No obstante, para simplificar el discurso y la presentación de estos grupos emplearemos el presente verbal, como si esas comunidades hubieran escapado milagrosamente a las consecuencias del choque de la colonización. De hecho, si entre los años 1945 a 1961 los científicos, militares y misioneros que exploraban el interior de las tierras de Papúa (parte occidental de Nueva Guinea, provincia de Indonesia, antes Irian Jaya) encontraban sobre todo grupos humanos que desconocían el uso del metal (Le Roux, 1948-1950), la distribución de cuchillos y hachas de acero –complemento de la bisutería de vidrio clásica– favoreció rápidamente los contactos para conseguir estas nuevas riquezas, sobre todo estos útiles de

acero que permitían roturar con mayor rapidez que antes, e incluso acelerar la cría de cerdos y la competencia social.

Los papúes de las Tierras Altas son agricultores que cultivan la batata, el taro, la caña de azúcar, el banano y el pandano rojo en auténticos huertos limitados por postes de madera inclinados, con anchos fosos de drenaje ahondados con un pesado palo excavador, sólidos muros de piedra seca o resistentes vallas de tabloncillos verticales ensamblados para evitar los ataques cometidos por parte de los cerdos domésticos o salvajes. El paisaje queda, por tanto, dividido en parcelas donde alternan la selva secundaria, las plantaciones arbóreas, los baldíos herbosos y los cultivos maduros o a punto de ser abandonados; el color de los huertos recién abiertos, donde los plantones se combinan en función de las variaciones locales de suelo, humedad y luz, contrasta con este mosaico en el que se pierde la mirada. Unas técnicas de horticultura complejas, a veces con campos delimitados por caballones con empleo del abono acumulado en los canales de drenaje de los pantanos, permiten sustentar fuertes densidades de población (hasta 180 h/km<sup>2</sup> en el norte del Baliem y la región de Tiom, una antigua cuenca lacustre particularmente fértil), alrededor de 300.000 habitantes en total para el conjunto de la familia lingüística dani (fig. 1). Fuera de las cuencas lacustres y de los fondos de valle, la vieja selva primaria o secundaria está aquí y allá presente en las vertientes más pronunciadas, donde las tala selectivas permiten abrir huertos en terrazas que permanecen en cultivo de uno a tres años, antes del rebrote de las cepas cortadas y de la selva que devolverá la fertilidad a los suelos rápidamente agotados por dos o tres años de plantaciones alimenticias (Boissière, 1999).

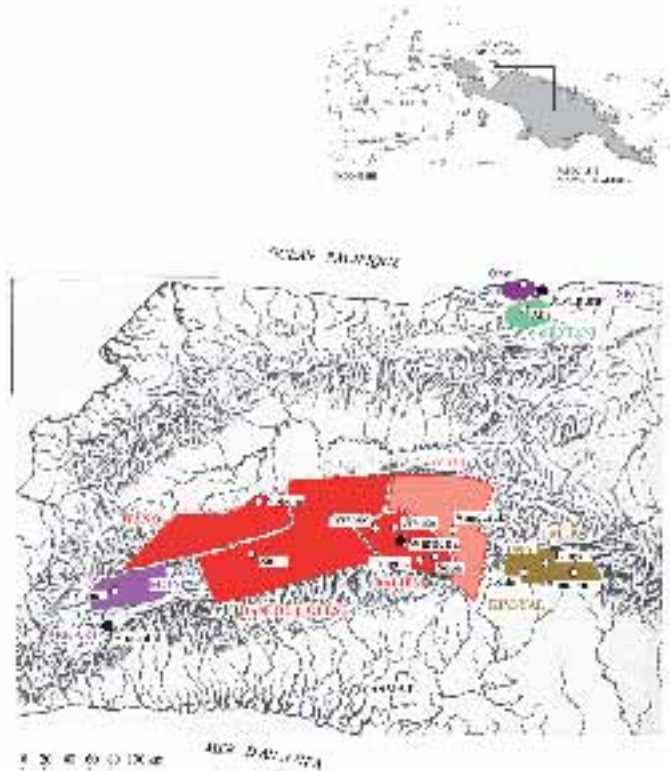


Fig. 1. Mapa de situación de los grupos lingüísticos mencionados. Dibujo P. Pétrequin, según Silzer y Heikkinen Clouse (1991).

La pesada hacha de piedra con mango recto macizo, usada preferentemente por los asmat y los dani del oeste, o la azuela con mango ergonómico acodado (fig. 2) de los dani del Baliem, y de los yali y los una en las provincias del este, son los útiles por excelencia destinados a aclarar la selva, talar el latizal y los árboles más jóvenes, y hender la base de los árboles más grandes para hacerlos secar de pie. La tala de árboles con el hacha de piedra pulimentada, para dejar espacio momentáneamente a los huertos, así como partir los troncos y transformarlos en tabloncillos para las vallas y las casas, recae enteramente en manos de los hombres. Sólo la gestión de la leña queda parcialmente en manos de las mujeres. Para las otras actividades, la más estricta división sexual del trabajo es la norma (Murdock *et al.*, 1973; Testart, 1986), según la cual los hombres manipulan útiles cortantes y armas apuntadas, orientadas hacia arriba y destinadas a matar

derramando sangre; mientras que las mujeres saben que deben trabajar con útiles de punta roma, orientados hacia abajo, más para golpear que para derramar sangre.

La azuela con hoja de piedra pulimentada resulta ser un útil particularmente eficaz, puesto que un árbol de 40 cm de diámetro puede talarse en una hora entre tres hombres que se vayan turnando. Pero las rocas duras, susceptibles de ser talladas y recibir un excelente pulimento, resistentes a los choques y a la flexión, son escasas en la naturaleza y están repartidas de forma muy desigual en el territorio. En todas estas fértiles depresiones cársticas que se extienden por las mesetas calcáreas de las Tierras Altas, lo que sí se puede encontrar son esquistos pardos o negros en forma de cantos en la parte alta de las cuencas fluviales. Sin embargo, las hachas y azuelas fabricadas con este material, tan poco resistente y al alcance de todos, tienen poco interés técnico a la vez que social; generalmente se reservan para cortar la leña entre los dani. Debido a su reducido valor en un contexto local e individual de producción, estas hojas de piedra circulan poco en los intercambios.

Contrariamente, las mejores rocas metamórficas, como las del macizo de Yeleme («La-Fuente-de-las-Hachas-de-Piedra») en territorio de los wano, o del YamyI («El-Río-de-las-Hachas») de los una, son objeto de verdaderas expediciones, en general bajo la dirección de un líder de guerra (Larson, 1987), capaz de reunir en ocasiones a varias decenas de hombres bajo su mando. Se trata de atravesar inhóspitas regiones montañosas, de dos a diez días de marcha, o zonas de menor altitud pero pobladas y por tanto peligrosas si no se han establecido previamente acuerdos de cooperación o relaciones matrimoniales. El grupo, formado sobre todo por hombres y algunas mujeres mayores que se ocupan del transporte de batatas a la ida y de los esbozos de hacha a la vuelta, deberá trabajar varios días o incluso, a veces, varias semanas seguidas en un medio de montaña arbolada, donde la supervivencia, una vez agotadas las reservas de batatas y plátanos, sólo será posible mediante la caza de pequeños marsupiales arborícolas, la recogida de larvas y la recolección de brotes tiernos de helecho.

En Wang-Kob-Me, para fracturar la roca, se utiliza la fuerza de la acción térmica de un hogar instalado en lo alto de un andamio de madera apoyado en la pared de la roca de glaucófano, una materia prima muy resistente cuya estructura petrográfica favorece su trabajo por percusión directa (fig. 3). Alrededor de cada «escalera de fuego», un grupo de trabajo de 6 a 10 hombres sigue las directrices de un «hombre sabio», es decir aquél que domina los rituales de explotación de la piedra. Estos rituales son particularmente importantes y, cuando el etnólogo pregunta sobre las técnicas, su aprendizaje y el nivel de habilidad, la respuesta de los «hombres sabios» y de los talladores de piedra sólo hace mención a los rituales destinados a atraer las hachas que preexisten en la roca, dar vida a los Espíritus Femeninos («las Madres de las hachas») y transmitir los cantos que favorecerán el estallido de la roca y su trabajo mediante la talla con percutor («los Niños de la Roca»).



Fig. 2. Tala con azuela de piedra. Langda (Kp. Jayawijaya), grupo una.

En realidad, se trate de procedimientos muy sencillos de fabricación de una hoja de hacha, como en Yeleme/Wang-Kob-Me, o de una producción especializada compleja, como la de las hojas de azuela en Langda (fig. 4), Sela y Suntamon (Pétrequin et Pétrequin 1993), el discurso es siempre el mismo: lo cierto es que se necesitan varios años de aprendizaje con el padre, o tío paterno, para aprender una técnica de talla reservada a algunos clanes del valle en los que la transmisión es, ante todo, hereditaria; pero lo más importante es la iniciación de los muchachos en el interior de “una casa de hombres” donde se conservan las reliquias del Espíritu Femenino que rige la producción de las canteras. Sólo en el valle del Heime (Langda), de los una, se cuenta con casi una docena de estas Potencias no humanas, a las que hay que tener en cuenta (Louwerse, 1998).

De regreso de las expediciones, la posesión de excelentes y grandes esbozos de hachas por pulir es esencial para los hombres jóvenes que alcanzan la edad de participar en los intercambios y pagos compensatorios (O’Brien, 1969), a fin de encontrar una esposa o compensar el fallecimiento de alguien próximo o de un aliado mortalmente alcanzado por los efectos de una magia nefasta obra de una mujer o un enemigo. Todas estas compensaciones para restablecer el equilibrio en la comunidad se sustentan en la donación de cerdos sacrificados y asados (en forma de grasa y carne), de conchas marinas intercambiadas con los grupos del oeste (Pospisil, 1963) y/o de bloques de sal de los manantiales de Hitadipa (Weller *et al.*, 1996). Finalmente, se debe recordar que en todos los casos –fabricación de sal, producción de una concha, o esbozo de una hoja de hacha o azuela, destinados a ser donados o recibidos–, no se trata de materias primas ordinarias que se calientan, tallan, pulen o manipulan sino que son los huesos, la sangre, los humores de una Criatura Primordial o de un

«Propietario de la Tierra» anterior a los hombres (Tinok en Wang-Kob-Me, Mayulongkwe para la sal, etc.). Por tanto, parece normal que los mejores productores de hachas y de sal o los grandes criadores de cerdos sean hombres que «saben» los rituales y la manera de comunicarse con las potencias. En este contexto, las habilidades técnicas, la Tecnología tal y como diríamos hoy en día, no tendrían ninguna eficacia por sí mismas si no estuvieran profundamente socializadas y ritualizadas.

Y de hecho, este es el principio de un proceso en el que los útiles «técnicos», en términos de eficacia sobre la materia prima, se apartan de su función inicial para ser socialmente valorados (Lemonnier, 1986). Se han podido observar varios casos en Nueva Guinea. El más sencillo es el de los jóvenes guerreros que se exhiben con una larga y pesada hacha en el hombro, maniobrando en la selva con una herramienta a veces desmesurada, para hacer lo que otros hombres realizan con un hacha o azuela mucho más ligera, y a menudo mejor adaptada a la tala o al trabajo de la madera; pero cuando el prestigio individual del hombre está en juego, todos los esfuerzos son necesarios.

Y de hecho, este es el principio de un proceso en el que los útiles «técnicos», en términos de eficacia sobre la materia prima, se apartan de su función inicial para ser socialmente valorados (Lemonnier, 1986). Se han podido observar varios casos en Nueva Guinea. El más sencillo es el de los jóvenes guerreros que se exhiben con una larga y pesada hacha en el hombro, maniobrando en la selva con una herramienta a veces desmesurada, para hacer lo que otros hombres realizan con un hacha o azuela mucho más ligera, y a menudo mejor adaptada a la tala o al trabajo de la madera; pero cuando el prestigio individual del hombre está en juego, todos los esfuerzos son necesarios.



Fig. 3. Explotación de un frente de cantera mediante la acción del fuego (choque térmico). Yeleme/Wang-Kob-Me (Kp. Paniai), grupo wano.

El segundo caso es el de las *ye-yao*, las hachas de intercambio. En la montaña, a dos días de camino más allá de Wang-Kob-Me, se encuentran las canteras que se mantienen en secreto, donde los wano explotan grandes placas de esquistos y de anfibolita de grano fino y color verde oscuro. Estas placas se fracturan con la ayuda del fuego en un lugar llamado Awigobi («El-río-de-la-Noche», ya que se cree que estas placas son organismos vivos que se vuelven luminosos en el agua cuando son alumbrados con una antorcha), se esbozan con un cuidadoso trabajo de bujarda y se bajan de nuevo al valle para ser intercambiadas con los dani: se las llama *ye-yao*. Una vez en el valle del Yamo y en el Baliem central, a 4 y 15 días de camino respectivamente, estas “hachas” de débil resistencia mecánica son cortadas, regularizadas y pulimentadas. Tras haber sido revestidas con atributos femeninos –un cinturón de fibras de orquídeas característico de las mujeres casadas o una faldilla de muchacha (fig. 5) –, participan en casi todas las formas de pago compensatorias de las bodas, de los fallecimientos y del precio de la sangre (O’Brien, 1969; Heider, 1970). Tratadas durante muchas horas con grasa de cerdo para abrillantarlas y hacer resaltar su magnífico color verde, las *ye-yao* representan explícitamente a las mujeres que se dan y se reciben.

En el Baliem central, pero sobre todo, aún más lejos, en Angguruk, territorio de los yali, algunas de estas *ye-yao* están consagradas, es decir, reciben el nombre de un antepasado, de un hombre poderoso muerto en combate, por el que se sacrificaron uno o varios cerdos. Escondidas en las casas de los hombres o, mejor aún, en las casas sagradas de la región de Angguruk, las *ye-pibit*, o hachas sagradas, participan en la supervivencia del grupo, en los rituales de curación, y están consideradas como potentes magias para luchar contra los enemigos o adquirir prosperidad (Zöllner, 1977; Pétrequin *et al.*, 2006).

Vemos así cómo, progresivamente, un útil específico de los hombres –la hoja de piedra pulimentada– es manipulado y reinterpretado a medida que nos alejamos del lugar de producción. Finalmente, a varios centenares de kilómetros de las canteras, cuando un hacha usada aparece como algo excepcional por su materia prima, forma, dimensiones o por los mitos que han circulado en relación con ella, esa misma hacha puede encontrarse clasificada entre



Fig. 4. Esbozo de una hoja de azuela en basalto, mediante talla con percutor blando. Langda (Kp. Jayawijaya), grupo una.



Fig. 5. Un hombre parte para un pago compensatorio con un *ye-yao* cargado sobre el hombro. Pyramid (Kp. Jayawijaya). Grupo dani de Baliem central.



Fig. 6. Los componentes de un pago compensatorio en la Costa Norte de Nueva Guinea: hacha pulimentada, cuentas y anillos de vidrio. Abar (Kp. Jayapura), grupo sentani central.

los objetos sagrados de un hombre o un linaje (Godelier, 1996), o en el tesoro de un sultán de las Molucas (Pétrequin *et al.*, 2006); en ambos casos, su inestimable valor no puede compararse nunca con la función técnica original. En este terreno de las donaciones, de pagos compensatorios acordados y de objetos sagrados, todas las interpretaciones son posibles, como esta acumulación de extraordinarias riquezas (fig. 6), propiedad de un *ondoafi* (jefe heredero en la cultura del lago Sentani), que reúne: racimos de perlas de vidrio cuyo origen es un árbol mágico de la zona este, en territorio de los Sko; un

hacha extraída de la sangre del Pájaro original, sacrificado en las montañas de Ormu Wari; y dos brazaletes de vidrio que representan las vértebras de la Gran Serpiente muerta y cocinada por los Primeros Antepasados en un horno de piedras calentadas.

En estos grupos sociales relativamente igualitarios (Ploeg, 1969) –en el sentido de que, teóricamente, todos tienen los mismos derechos por nacimiento–, el arco y las flechas participan en las exhibiciones de todos los hombres. En pie desde muy temprano, el hombre ha dormido junto a su arco y su haz de flechas: un gran arco de laurel negro, a menudo intercambiado en lugares lejanos, y unas flechas entre las cuales las de punta fusiforme son reservadas por los dani para los combates, las alargadas de bambú

para matar cerdos domésticos o salvajes, las de muesca para la caza de marsupiales y las flechas maza o tridente para los pájaros (Heider, 1972; Watanabe, 1975; Lemonnier, 1987). Este es el discurso de todos los hombres que, hasta la noche, conservarán en la mano este arco cuidadosamente pulimentado con un colmillo partido de cerdo o una lasca de sílex, y estas flechas cuyo nombre no tiene ninguna relación directa con la forma de la punta sino con el nombre de la magia, es decir, la pequeña decoración geométrica que les confiere toda su potencia (Pétrequin *et al.*, 1990). Por supuesto, la composición de un carcaj, en este caso de un puñado de flechas (fig. 7), es una forma muy clara de ostentación social (Wiessner, 1983). Al niño le serán reservadas pequeñas flechas, muy sencillas, de astil simplemente aguzado, pero eficaces para aprender a tirar con los vecinos de su misma edad, corriendo



Fig. 7. Hombres en parada, con motivo de una fiesta del Pandano rojo. Sinak (Kp. Paniai), grupo damal.

para disparar sobre una bola de látex lanzada a toda velocidad por una pendiente o intentando esquivar las flechas arrojadas en tiro rasante entre dos grupos de alegres chi-

quillos, mientras las niñas se ríen a carcajadas y aplauden a los más valerosos. Normalmente, la posesión de las primeras flechas de guerra se hace efectiva a partir de la ceremonia de iniciación en la que el muchacho pasa del mundo femenino al masculino, una forma de re-nacimiento totalmente controlada por los hombres (Godelier, 1982). Es entre los 15 y 25 años cuando las puntas de flecha aparecen más diversificadas en los wano, sin perjuicio de exhibirse con algunas de las flechas de hierro martilleado o con punta de hueso, que son las de los enemigos tradicionales de las Tierras Bajas; es una buena manera de mostrar a todos cuáles son sus capacidades en la guerra y/o el intercambio. A medida que pasan los años, los hombres aprenderán a fabricar ellos mismos las magníficas flechas de guerra y algunos se convertirán en especialistas, tanto en esculpir los elaborados dentados que mantendrán la armadura en el interior de la carne de los enemigos (fig. 8), como en trenzar y ajustar las largas tiras de esparto que permiten fijar las puntas de flecha en el astil.



Fig. 8. Esculpiendo los dientes de una flecha, con los incisivos de media mandíbula de roedor marsupial. Soba (Kp. Jayawijaya), grupo hupla del sur del Baliem.

Pero, más allá del discurso de los hombres, casi idéntico de un pueblo a otro, podemos entrever algún tipo de determinismo en la forma y la popularidad de las flechas. En porcentaje, se observan notables diferencias entre las flechas de los wano –para quienes la guerra consiste más en escaramuzas que en grandes batallas, mientras que la caza es el deporte de los hombres por excelencia– y las flechas de los dani del sur del Baliem –para los que la caza se limita a abatir pájaros y ratas, mientras que la guerra es una preocupación casi cotidiana (Peters, 1975; Larson, 1987). Entre los primeros predominan las flechas lisas de bambú, de fabricación rápida, destinadas a la caza (aunque las flechas de guerra alcanzan el 50% del total); en los segundos, donde la caza es casi inexistente, el 79% de las armaduras tienen muescas o dentados complejos. Si bien la expansión territorial se practica raramente a través de la guerra –momento en que, según se dice, derramar sangre humana también favorece la fertilidad de los huertos–, ésta permite expresar la fuerza y virilidad de los hombres en combates ritualizados que pueden llegar a enfrentar a centenares de guerreros, pero donde la muerte de un solo hombre provoca inmediatamente el cese de la batalla (Heider, 1970), hasta que se reanuda la guerra con la finalidad de equilibrar el número de víctimas en cada campo. Y es que hasta en la muerte y



Fig. 9. Momia ahumada, con una redecilla en la cabeza fijada con la cuerda de un arco (tira de mimbre). Jiwika (Kp. Jayawijaya), grupo dani del centro del Baliem.



Fig. 10. Limpieza de un huerto antes de la plantación. Pyramid (Kp. Jayawijaya), grupo dani del norte del Baliem.

hombres han removido el suelo y cavado las zanjas con sus largos y pesados bastones acabados en espátula (fig. 10). Entre los wano, el palo cavador de las mujeres generalmente no es más que un útil ocasional, un segmento de madera muerta recogido por el camino y abandonado nada más irse del huerto; en estos huertos abiertos en la vieja selva secundaria, el trabajo del suelo es casi inexistente y el pequeño palo cavador sirve para desbrozar superficialmente y recoger cada día los tubérculos para la cena. Contrariamente, en el valle del Baliem –y por lo general en todas las zonas con una fuerte



Fig. 11. Mujer removiendo la tierra de un huerto abancalado. Tangma (Kp. Jayawijaya), grupo dani del sur del Baliem.

densidad de población donde la selva deja paso a barbechos cortos y plantaciones de árboles *Casuarina*, que proporcionan los elementos de arquitectura y la leña–, las mujeres trabajan el suelo más profundamente, con un palo cavador de entre 1 y 1,20 m de longitud (fig. 11). Elaborados en densa madera de laurel, como el arco de los hombres (Heider, 1970; Koch, 1984), estos palos cavadores intensamente pulidos por el uso, con puntas regularmente reavivadas mediante la azuela, han sido fabricados por los hombres, un padre, un hermano o un marido. Debido a la división sexual del trabajo, la mujer queda excluida de la fabricación de esta imprescindible herramienta agrícola; en definitiva, son los hombres quienes roturan la selva y remueven la tierra en profundidad, pero son las mujeres las que plantan, escardan, limpian, cosechan, transportan y cocinan. Por un

momificación de algunos líderes de guerra encontramos la «cuerda» de mimbre del arco, enrollada en anillos que permiten fijar la redcilla de la cabeza (fig. 9).

En un mundo donde la exhibición en público es más bien masculina, las mujeres se vuelven discretas, a menudo silenciosas; se levantan muy temprano para ir al huerto donde plantan, desbrozan, recolectan bajo la mirada perdida de algunos guerreros que se encargan de su seguridad (Heider, 1970), mientras fuman hojas de tabaco maduras bajo el voladizo de la casa de los hombres y comentan las noticias del valle.

El palo cavador es su herramienta para trabajar la tierra, una vez que los



lado un proceso duro, en el cual los hombres que trabajan en grupo cantan o dan gritos para mantener el ritmo de trabajo; por otro, un trabajo lento, repetitivo, discreto, para asegurar las necesidades cotidianas, pero también una tarea en la que las mujeres pueden estar juntas.

Se podría creer entonces que, entre los horticultores de las Tierras Altas de Nueva Guinea, la mujer queda parcialmente borrada del paisaje social, muy por detrás de estos guerreros que dan la sensación de organizar el mundo sólo para ellos. Por el contrario, los mitos –y ciertas iniciaciones– recalcan el papel de las Potencias Femeninas Primordiales:

«Hemos flechado la Marrana original... la sangre se escurría de las heridas y, cada vez que la sangre caía al suelo, nuevos cerdos aparecían, y grupos de hombres, y después legumbres y tubérculos que desconocíamos. Todos estos cerdos, todos estos hombres... han salido de la sangre de esta Marrana y hemos construido casas sagradas en cada lugar donde la sangre fue derramada por el suelo» (Neyan Sab, grupo kim-yal, 1987 en: Pétrequin *et al.*, 2006).

La contradicción entre la parada de los hombres y lo que narra el mito es flagrante:

«Fue el perro quien salió primero de la cueva, y en sus orejas tenía semillas de calabaza, la misma que usamos para los estuches penianos. Los hombres salieron más tarde con redecillas, y luego las mujeres con arcos... Entonces los hombres dijeron a las mujeres “No podéis disponer de los arcos, no sois bastante fuertes; entregadlos a los hombres y a cambio os daremos las redecillas”...» (Gemeinde Morip, grupo dani del norte del Baliem, 1987 en: Pétrequin *et al.*, 2006).

Desde estos tiempos míticos, las mujeres trabajan en los huertos, crían los cerdos y se encargan de la reproducción biológica del grupo (fig. 12), mientras que los hombres hacen a nuestros hijos guerreros, organizan el mundo y aseguran la reproducción social de la comunidad.



Fig. 12. El origen del mundo en los mitos: las Potencias Femeninas y los cerdos. Volviendo del huerto. Angguruk (Kp. Jayawijaya), grupo yali.

## Bibliografía

- BOISSIÈRE, M. (1999): *Ethnologie et rapports à l'environnement des Yali d'Irian Jaya (Indonésie)*. Thèse de doctorat, Université de Montpellier II, UFR Sciences, Montpellier, multigraphié.
- GODELIER, M. (1982): *La production des grands hommes. Pouvoir et domination masculine chez les Baruya de Nouvelle-Guinée*. Ed. Fayard, Paris.
- GODELIER, M. (1996): *L'énigme du don*. Ed. Fayard, Paris.
- HEIDER, K. G. (1970): *The Dugum Dani. A Papuan Culture in the Highlands of West New Guinea*. Ed. Wenner-Gren Foundation for anthropological research, New-York.
- KOCH, G. (1984): *Malingdam, Ethnographisches Notizen über eine Siedlungsbereich im oberen Eipomek-Tal*. (Mensch, Kultur und Umwelt im zentralen Bergland von West-Neuguinea, 15), Dietrich Reimer Verlag, Berlin.

- LARSON, G. F. (1987): *The structure and demography of the cycle of warfare among the Iraga Dani of Irian Jaya*. Phil D. thesis, University of Michigan, Ann Arbor, University Microfilm International.
- LEMONNIER, P. (1986): "The study of material culture today: toward an anthropology of technical system", *Journal of Anthropological Archaeology*, t. 5, 147-186.
- LEMONNIER, P. (1987): «Le sens des flèches. Culture matérielle et identité ethnique chez les Anga de Nouvelle-Guinée ». *De la voûte céleste au terroir, du jardin au foyer*. Éd. de l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 573-595.
- LE ROUX, C.C.F.M. (1948-1950): *De Bergpapoea's van Nieuw-Guinea en hun Woongebied*. E. J. Brill, Leiden, 3 vol.
- LOUWERSE, J. (1998): *Una (West New Guinea) Worldview and a Reformed Model for Contextualizing Cross-Cultural Communication of the Gospel*. Phil D. Intercultural Studies Dissertation, Fuller Theological Seminary, School of World Mission, Ann Arbor, University Microfilms.
- MURDOCK, G. P.; PROVOST, C. (1973): "Factors in the division of labor by sex: A cross-cultural analysis". *Ethnology*, t. 12, 203-225.
- O'BRIEN, D. (1969): *The economics of Dani marriage: an analysis of marriage payments in a highland New Guinea Society*, Ph. D. Thesis, Yale, University of Yale, microfilm.
- PETERS, H.L. (1975): "Some observations of the social and religious life of a Dani-group, Irian". *Bulletin of Irian Jaya Development*, t. IV, fasc. 2, Universitas Cenderawasih, Jayapura, 1-197.
- PÉTREQUIN, A. M. y PÉTREQUIN, P. (1990): «Flèches de chasse, flèches de guerre. Le cas des Danis d'Irian Jaya (Indonésie)». *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, t. 87, 10-12, 485-511.
- PÉTREQUIN, A. M. y PÉTREQUIN, P. (2006): *Objets de pouvoir en Nouvelle-Guinée*. Éd. de la Réunion des Musées Nationaux, Paris.
- PÉTREQUIN, P. y PÉTREQUIN, A. M., (1993): *Ecologie d'un outil: la hache de pierre en Irian Jaya (Indonésie)*. Monographies du CRA, 12, éd. du CNRS, Paris, réédition 2000.
- PÉTREQUIN P. y PÉTREQUIN A. M., (1992): «De l'espace actuel au temps archéologique ou les mythes d'un préhistorien». *Ethnoarchéologie: justification, problèmes, limites, XIIe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes, 1991*. Éd. APDCA, Juan-les-Pins, 211-238.
- PÉTREQUIN, P.; PÉTREQUIN, A. M.; WELLER, O. (2000): «Cuire la pierre et cuire le sel en Nouvelle-Guinée: des techniques actuelles de régulation sociale». *Arts du feu et productions artisanales, XXe Rencontres Internationales d'Histoire et d'Archéologie d'Antibes, 1999*. Editions APDCA, Antibes, 545-564.
- PÉTREQUIN, P.; WELLER, O.; GAUTHIER E. *et al.* (2001): "Salt springs exploitation without pottery during Prehistory. From New Guinea to the French Jura". *Ethno-archaeology and its Transfers, BAR International Series*, 983, Archaeopress, Oxford, 37-65.
- PLOEG, A. (1969): *Government in Wanggulam*. Martinus Nijhoff (Verhandelingen van het Koninklijk Instituut voor Taal-, Landen Volkenkunde, 57), La Hague.
- POSPISIL, L. (1963): "Kapauku papuan economy." *Anthropology*, 67, Yale University ed., Yale.
- SILLITOE, P. (1988): *Made in Niugini. Technology in the Highlands of Papua New Guinea*. British Museum Publications, London.
- SILZER, P. J. y HEIKKINEN CLOUSE, H. (1991): "Index of Irian Jaya Languages. Irian". *Bulletin of Irian Jaya*, numéro spécial, Universitas Cenderawasih, Jayapura.
- TESTART, A. (1986): *Essai sur les fondements de la division sexuelle du travail chez les chasseurs-cueilleurs*, Cahiers de l'Homme, XXV, éd. de l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.
- WATANABE, H. (1975): "Bow and arrows in a West papuan Lowland community : a new field for functional-ecological study". *Occasional Papers in Anthropology*, 5, University of Queensland, Brisbane.
- WELLER O.; PÉTREQUIN A. M.; PÉTREQUIN P.; COUTURAUD, A. (1996): «Du sel pour les échanges sociaux. L'exploitation des sources salées en Nouvelle-Guinée (Irian Jaya, Indonésie)». *Journal de la Société des Océanistes*, t. 102, fasc. 1, 3-30.
- WIESSNER, P. (1983): "Style and social information in Kalahari San projectile points". *American Antiquity*, t. 48, fasc. 2, 253-276.
- ZÖLLNER, S. (1977): "Lebensbaum und Schweinekult, Die Religion der Jali im Bergland von Irian Jaya (West-Neu-Guinea)". Theologischen Verlag Rolf Brockhaus, Darmstadt.